



ANTONIO HERMOSA, *El hombre tras los hechos. Naturaleza humana y política en la historiografía clásica*, Athenaica Ediciones Universitarias, Sevilla, 2019, 243 pág. ISBN: 978-84-17325-68-8.

El hombre tras los hechos. Con un pie firme en el suelo bajo la rodilla semiflexionada asegurando la marcha y el otro ambicioso de ataque, pero aún titubeante e incierto por si su paso fuera de retroceso, un hoplita inclina el cuerpo a la vez que estira el brazo hacia atrás tensando sus músculos... Casi va a dar en el blanco. Su contrincante, en actitud defensiva, y habiendo fallado el golpe, retira el tronco mientras los pies se niegan a abandonar el terreno que habían ganado. Dos potencias antagónicas colisionan proyectando luces y sombras en un enfrentamiento decisivo. Sin ser capaces de concluir si es el hombre el que persigue los hechos o si son los hechos los que dan caza al hombre, así también los ideales políticos y la materialidad humana combaten por la soberanía. *El hombre tras los hechos* es una investigación de descenso en la que Antonio Hermosa, en calidad de intérprete, adentra y conduce al lector entre las brumas míticas e históricas con el fin de descifrar el enigma.

La bella imagen de la portada del libro –procedente de una cratera de figuras rojas–, que con sus contrastes capta nuestra atención desde el principio y traslada el libre juego de la imaginación junto al enfrentamiento entre Aquiles y Héctor, rebasa la mera anticipación de que el escenario de la búsqueda será las augustas Grecia y Roma. Secretamente, está estableciendo también el marco en que los hechos interrogados y examinados irán desentrañándose en conceptos. En este sentido, no debe pasar desapercibida la combinación del enunciado “naturaleza humana y política” con la monomaquia, sinécdoque de la guerra. La guerra es el acontecimiento límite en que el orden y los valores sociales se derrumban; en que el noble fin cede terreno ante el provecho inmediato; en que lo justo se troca en el poder del más fuerte; en que el alma bella se corrompe hasta perder el más mínimo calificativo. Como si todo cuanto fuera humanamente valioso encontrara por ella el momento de negación absoluta y se manifestase lo real tras el velo desgarrado de la ley. El tiempo de guerra, al igual que todo periodo de crisis en general, se convierte así en el momento privilegiado de observación para determinar con precisión qué es el ser humano y qué tipo de relación subyace en su trato con los otros. Por ello, todos los capítulos del libro merodean tal evento como horizonte originario y postrero de todas las cosas.

Ahora bien, ¿cómo acontece el conflicto? Ya sean sus agentes los individuos o los Estados, es casi inmediato acusar a la desmesura de intereses, a la expansión de territorios, a la apropiación de recursos o al aumento de poder como matriz de la tribulación. Pero ¿y si tales causas fueran tan solo el desenlace? Un análisis e interpretación pormenorizados del mito de Prometeo (cap. I) revela que más bien existe una fuerza que troca las acciones humanas en su efecto. El ser humano guerreara porque no puede no hacerlo. La explicación acerca de por qué no hay orden que no caiga se encontraría en el hecho de que en el mundo operaría una potencia colérica destructiva.

Sin embargo, si solo actuase esta, sería imposible instituir un orden, por lo que es necesario que también exista otra fuerza de signo contrario capaz de bregar contra la radicalidad del mal y tratando de avanzar hacia una racionalidad que permita la justicia, la equidad y el desarrollo de una vida plena. En consecuencia, acontece una actitud humana ambigua e inevitable. Una produce destrucción, y la otra, reconstrucción.

Tan primigenias son estas dos potencias que su espectro conflictivo se ve reproducido en todas las esferas de manera fractal. Quizá el esfuerzo más ostensible del autor se concentre en perseguir entre ambos extremos una descripción de la condición humana. El hecho de que Vico apuntara en su autobiografía que Tácito contemplaba al hombre como es, mientras que Platón, solo como debiera ser, es una observación que sentencia la naturaleza del alma humana. Sin embargo, permanecen las reservas. ¿Prevalece en el ser humano el deseo de gloria, la codicia, el anhelo de poder o más bien prevalece la aspiración a la justicia? Por causa de aquella tensión titánica, la identidad humana es mudable, como nos recuerda Antonio Hermosa. Los episodios de Cremona (cap. IX) y el amotinamiento en Panonia y Germania (cap. X) nos muestran que el ser humano es tan incapaz de refrenar su codicia y su deseo de poder como capaz es del perdón.

Del mismo modo, sucede que la tensión producida entre lo inhumano y principios más elevados abre un espacio de libertad, donde tiene lugar la civilización conformada por los gestos que no se olvidan. Precisamente, en esta región intermedia emerge la posibilidad de pensar el futuro de nuestras acciones, la deliberación ética y política. Pero las ambigüedades no hacen más que acumularse cuando la dualidad originaria la vemos igualmente manifestada en el seno mismo de las resoluciones, sin que sea posible vaticinar de antemano cuál vertiente resultará triunfante. ¿Debe anteponerse en todo caso el bien moral o es preferible el cumplimiento de las leyes heredadas? ¿Puede alguien ser intrínsecamente justo o está condicionado por sus circunstancias? Los episodios históricos nos muestran que el mal que lleva a la venganza, el dolor, el sufrimiento, la destrucción o la muerte, incluso alevosamente placenteros, se inflige con la misma voluntad con la que se tiende al bien que permite el diálogo, los procesos justos, el gobierno moderado o la paz. Por esto, los trágicos sucesos acaecidos en Corcira (cap. VI) o la masacre de Melos (cap. V) conviven en la memoria con el episodio de las Horcas Caudinas (cap. VIII). Aunque con reservas.

También es importante reparar en los dos capítulos que conforman un pórtico entre los artículos del libro. Son los referentes a la democracia como educadora panhelénica y a la discusión sobre si la idea del bien puede seguir siendo un criterio válido para los asuntos civiles. Solo cuando los valores se diluyen en las tradiciones, cabe preguntarse si la ciudad es suficiente para mejorar nuestra naturaleza. El análisis del discurso de Pericles (cap. III) trata de averiguar esta incógnita. No obstante, que la ciudad cope todos los dominios de la existencia encuentra su consecuencia en que la virtud, aunque se mantenga como guía que permite superar la naturaleza humana, fijará su término en conseguir el triunfo; sin duda, una degradación del estado dichoso de la perfección del sabio. No hay que olvidar aquella imagen de Salustio que capta el momento en que lo bueno se ve igualado a las magistraturas y los mandos militares, cuando a Quinto Máximo y a Publio Escipión se les inflamaba el pecho con una virtud de gloria y fama mirando las efigies de sus antepasados. Reducir la virtud a las virtudes cívicas, la visualización del bien al bien de la ciudad y la perfección humana al perfecto ciudadano es una operación que conduce a desterrar la excelencia. Cuando Catón pierde en el senado por el litigio contra César a propósito de la seguridad de la república (cap. VII) y este vence con el argumento de la utilidad, se están manifestando las consecuencias de que sea la ciudad el último fin y, en consecuencia, la educadora del ser humano. Aun siendo un elemento de mejora, tiene el inconveniente de hacer

depender la virtud de los avatares políticos; así como su disolución, ya sea por un peligro público como Catilina, ya por un desastre natural como la peste.

Todos estos problemas se van dando cita en el libro, sin que en el curso de la investigación las respuestas fragmentarias permitan decidir una solución definitiva. Igual que el guerrero, tampoco el intérprete ha alcanzado todavía su objetivo, sino que se mantiene en liza, avanzando y retrocediendo, dudoso, aunque diestro. Y no es visible solo en el ritmo de la escritura, en ocasiones tan entrecortado como la de los más vehementes oradores, o en la luminaria de los episodios, que oportunamente exige un ejercicio de anamnesis frente al extravío entre vestigios, sino que nos lo anticipa la preposición “tras” del título, que esconde una alusión al trabajo mismo con las huellas imprimidas en la historia. El propio autor nos adelanta en el prólogo el modo que tiene de concebir la historiografía cuando alega que “nos ha hecho ver lo que somos” (p. 13). No poseemos una naturaleza ya zanjada por un rasgo específico previo en la medida en que son nuestros actos los que nos van configurando. Consecuentemente, rastrear la historia es acudir al medio propio donde el hombre, por mostrarse en el momento exacto de la decisión, se está haciendo a sí mismo. Pero ¿de qué modo extrae el intérprete esa enseñanza para siempre? Cada allanamiento en los episodios nos da una muestra ejemplar de reflexión inmanente, de un trabajo esforzado con el material que no lo subsume en una idea general, como si los sucesos fueran ejemplos, sino que, a la inversa, arranca de ellos el concepto. Lo ilustra perfectamente la hechura “ética de la desesperación” (p. 108), forjada desde la truculenta ruina de la peste, en uno de los alcances cimeros del texto.

Con todo, este libro, en el que animo a los lectores a aventurarse, es completamente moderno. El hecho de que el guerrero que hace frente al pulsional Aquiles encarna solo la virtud de la ciudad y no un valor más elevado es un indicio que nos permite practicar también a nosotros una lectura inmanente. ¿Hay alguna esperanza de alcanzar trascendencia para la vida humana? El colérico y desaforado Aquiles siempre mata al refinado Héctor, pero la imagen ha detenido la estocada. Los ensayos compilados son una investigación sin término que tratan de descifrar las pistas que los guijos de la antigüedad nos proporcionan para una actualidad permanente.

Rubén Villacañas Martí